

El círculo de fuego

por Carmen Gómez Ojea

Cuando Mamá me contemplaba entrecerrando los ojos, con la cabeza ladeada y hociendo graciosamente los labios, sabía que estaba a punto de decirme algo importante o de confesarme un secreto. Así me miró aquella tarde de verano lluviosa, en vísperas de mi undécimo cumpleaños. Recuerdo con toda nitidez la negrura del cielo y las gotas de agua reventando contra el cristal de la ventana. Yo dibujaba soles tumbado en el suelo de mi cuarto. Eran astros coronados y sonrientes, de un color muy subido, casi furioso, que me obligó a gastar tres pinturas amarillas. Se arrodilló a mi lado y, después de un silencio, tras escudriñarme de aquella forma que siempre anunciaba una noticia, me dijo, revolviéndome el pelo, que tenía que contarme algo que me alegraría por fuerza. Luego me abrazó, y escuché su corazón gozoso y asustado a un tiempo. Entonces me susurró que iba a tener un hermano o una hermana en primavera. Me sentí perplejo a la vez que un tanto alarmado, mientras calculaba a toda velocidad en qué podría beneficiarme o perjudicarme la llegada inesperada a casa de un bebé, con sus lloros, sus babas y sus porqueriitas en los pañales. Pero, al observar la expresión de su cara, le sonreí y le aseguré que estaba de verdad muy contento. El tono de mis palabras no debió de ser muy convincente, porque me estrechó otra vez contra ella, en tanto me aseguraba de forma extrañamente arrebatada que yo siem-

pre sería su Ventolín querido, único, irrepetible.

De ese modo me llamaba, porque era menudo y ágil como la brisa y mi voz, muy hermosa, según ella, semejándome, por tanto, a los ventolines de la mitología de Asturias que bailan en el aire y, en la noche de San Juan, acompañan con la dulzura de sus cantares la danza de las *xanas*, que son las hadas de los astures.

En aquella ocasión aquel apelativo cariñoso me hizo daño, y tuve que disimular las lágrimas que me picaban en los ojos, llenándome de vergüenza. Por suerte, en aquel instante, mi habitación de niño feliz hasta aquella hora fue iluminada por la luz de un relámpago. El trueno que retumbó a continuación me hizo pensar que la tormenta estaba sobre el tejado, y que en mi corazón también se había producido un incendio. Ella se levantó presurosa, explicándome que había olvidado cerrar del todo la ventana de la cocina. Supe que mentía, y que, habiendo advertido mi tristeza, juzgaba que lo mejor en mi estado de ánimo era dejarme solo. Sin embargo, yo ignoraba que estaba a punto de ver la cara del dolor y de sentir su daño. No sabía que muy pronto iba a saber que la verdad puede causar una herida tremebunda, pero que, a la postre, en la mayoría de los supuestos y ocasiones es peor el silencio que la más brutal de las palabras.

Aquel daño me sobrevino durante la celebración de mi cumpleaños. El primo Nolu, con el que de continuo

mantenía rivalidades, piquillas y reyertas, se mostraba, igual que todos los años en mi fiesta, fastidiado y envidioso, tratando en vano de acaparar la atención de los otros. Al final, cuando ya los demás niños invitados se habían ido y mientras le ayudaba a buscar sus gafas en medio de todo aquel revoltijo de juguetes y cajas de los regalos esparcidos por el suelo de mi cuarto, convertido en un cubil, donde acabábamos de jugar a los meteoritos y a los *diplodocus*, arrojándonos unos a otros bolas de papel, pelotas de ping-pong y cojines, muy agitado y jadeante me masculló que su madre le había dicho que yo iba a tener un hermano. Le sonreí, asintiendo con la cabeza sin entusiasmo. «Así los tíos tendrán un hijo de verdad, y no como tú, que eres adoptado», añadió muy despacio, regodeándose en el dolor y espanto que me producían sus palabras.

Mi labio inferior temblaba, lo mismo que mis manos que avanzaron hacia él para despedazarlo, para obligarle a rectificar asegurándome que sólo se trataba de una broma maligna de las suyas. Entonces oí el grito de Mamá, paralizada bajo el dintel, llamándome loco. Nolu sangraba por un labio partido y la rabia brillaba en sus ojos al otro lado de las lágrimas.

No quise confesar qué había pasado. Él también se calló. Mamá me aseguró que mi comportamiento merecía un escarmiento morrocotudo, y que ya decidiría el castigo que iba a aplicarme. Aquella noche no se acer-



MANUEL UHÍA.

có a mi cama a darme el último beso del día. Papá, en cambio, se sentó junto a mí, y trató de que le contara la verdad de lo que había sucedido. Yo sólo podía apretar las mandíbulas para que no oyera mi llanto. Al final, sin conseguir de mí ni una sola palabra, me besó y salió de la habitación. Fue un alivio poder llorar sollozando, dejando en libertad tanta amargura. *Adoptado, adoptado, adoptado* eran palabras que me agujereaban el cerebro. Las pronuncié a media voz, y me llenaron de pavor. Ni Mamá ni Papá

eran mis padres. Los verdaderos no me habían querido, me habían abandonado como a un perro en las calles del verano. Tal pensamiento me llenó de frío, de crueldad hacia mí mismo, porque quería aceptar aquella verdad horrible y que dejara de torturarme. Pero, otra vez, algo me produjo pánico: si yo no era hijo de ellos, tampoco era nieto de la abuela Betel; y aquello me resultó dolorosamente insoportable, tanto que, sin dudarlo, me dirigí hacia su dormitorio, igual que un gato, sin tropezar con la consola

del pasillo ni hacer ruido. «¿Duermes?», le pregunté, aun sabiendo por su respiración que estaba despierta. «Ven aquí, duendecillo, te haré sitio», me contestó, haciéndome un hueco en su cama. Al sentir su calor y sus brazos, me eché a llorar con desconuelo. Después, cuando pensé que ya había agotado todas las lágrimas de mi vida, le hablé de lo que me había dicho el primo Nolu, de mi susto y mis angustias. Ella me rodeó con sus brazos y comenzó a mecarme como en los días en que era pequeño, mientras

LOS CABALLOS Y PONYS

LOS CABALLOS Y PONYS

Georgie Henschel



Guías Fontalba

Esta guía nos hace una descripción exhaustiva, tanto de los caballos como de los ponys. Además de un breve relato del caballo en la historia de la humanidad, incluye una relación de las razas principales, con una amplia descripción de cada una de ellas y acompañadas de abundante ilustración.

Formato: 13,5 x 20 cm

Páginas: 128 en cartóné

Fotografías e ilustraciones a todo color

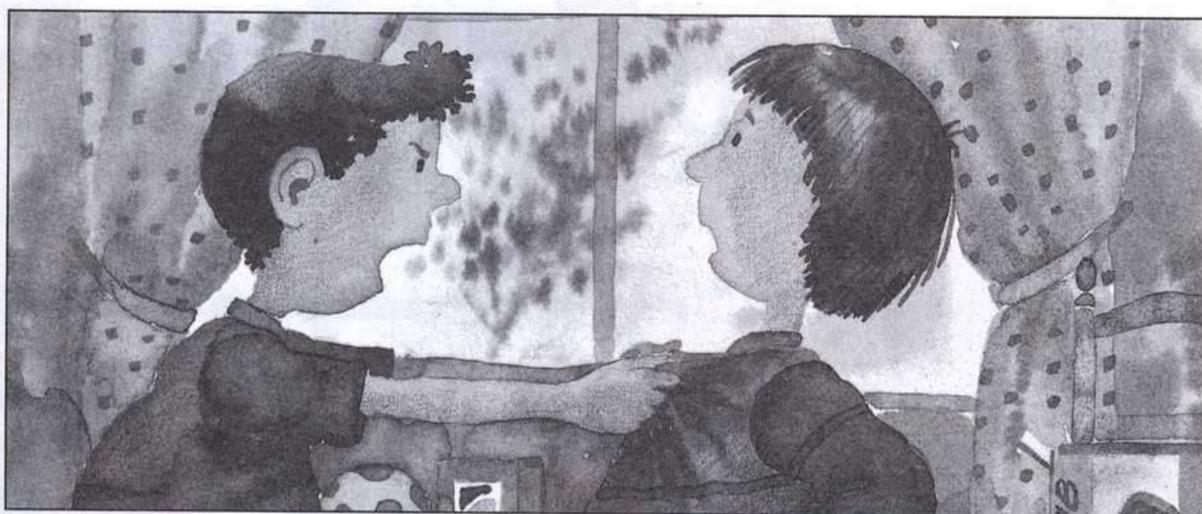
P.V.P. 923 Ptas. (Incluido IVA)

Pídalo a su librero
o contrarrembolso a:

**Editorial
Fontalba, s.a.**

Valencia, 359 - 6.º 1.ª
08009 Barcelona (España)

TINTA FRESCA



MANUEL UÑA

me hablaba con sosiego y dulzura.

«Tener un hijo no siempre supone el cumplimiento de un deseo ni una alegría. Hay madres que no tienen más remedio que confiárselo a otra mujer que quiere de verdad a ese niño. A ti te encantan las historias de romanos, ¿verdad? También a mí. Pues, quizá no sepas que en Roma sólo el adoptado era el hijo verdadero. Por ejemplo, en una villa rica o en una morada más pobre llegaba al mundo un bebé muy gordo y hermoso, las parteras y comadronas reían alborozadas y bendecían a la diosa Lucina que protegía los nacimientos; pero esa criatura no era hijo de los señores de la casa, a no ser que Lucius o Rufus, o como quieras que se llame el *paterfamilias*, lo cogiera en sus brazos y lo levantase en alto para manifestar así, públicamente, que quería ser su padre. Por eso, también podía ocurrir que el tal Lucius o Rufus quisiera tener por hijo al niño de unos amigos o de unos desconocidos. Los romanos eran sabios y enseñaron a los demás que ser padre y madre es la consecuencia de un anhelo, un acto voluntario en libertad, como el que realizaron Mamá y Papá, cuando decidieron meterte en sus vidas y darte todo su amor.» Luego, con cautela, se refirió a mi hermano o hermana que llegaría con la primavera. No sería mi rival en modo alguno, sino alguien más a quien dar y de quien recibir. Ya lo comprobaría por mí mismo. Su voz se fue hacien-

do lejana, mientras el sueño podía conmigo.

Al día siguiente me desperté en mi cama y, durante el desayuno, la abuela Betel me hizo un gesto de complicidad y secreteo. Me sentía como después de una enfermedad, feliz por la desaparición del dolor, pero todavía un poco inseguro y abatido, a causa del sufrimiento reciente. Mamá volvía a ser la de siempre: ya no estaba enfadada, y me comentó que había optado por no castigarme, pero que no me consentiría otro arrebatado parecido. Papá me propuso ir a pescar, y acepté sin titubeos. Fue un día extraño aquel, que viví en medio de constantes muestras de cariño y de mi silencio.

En mayo nació Germana. Yo le elegí el nombre. Creo que empecé a quererla nada más verla, y ella a mí, cuando me agarró un dedo con su mano tibia de viejita diminuta, y hubo que obligarla a que me lo soltara.

Desde aquella mañana de primavera han pasado treinta años. Mis dos hijos alborotan en el cuarto de al lado. Quizás uno de ellos un día me pregunte si es cierto que mis padres no son sus abuelos. Entonces, como en un círculo de fuego revivido, le repetiré las palabras de la abuela Betel que me sacaron del horror del desamparo, aquella noche de mi pánico y pesadumbre; y me dirá que sí, convencido de que su hermano y él son de verdad sus nietos. ■